



SUMAR

Dana Hart

Cualquier esquina puede ser un mundo. Especialmente para quien no suele salir de ella. Cada recoveco cuenta una historia, tiene una especificidad. Azulejos de un naranja brillante, texturados, en relieve. Baldosas perfectamente lustradas con cera roja. Un auto abandonado justo en la intersección, cubierto del polvo que desvanece todas las cosas.

Rejas que ocupan toda la cuadra, para proteger muros que ocupan toda la cuadra. En lo alto, una torre, tan sólida como las rocas del mar. Construida hacia arriba, cubo sobre cubo, para darle un calce rectangular perfecto y en la cima, un reloj. Para que la ciudad se voltee a ver la hora.

Rigoberto trabaja bajo ese reloj, en los descansos de esa torre, desde los años `50. Protagonizó las primeras huelgas y armó el primer sindicato, cortándose a propósito la mano con una lata

oxidada, para poder tener una licencia que le permitirá pararse varios días, en la entrada y la salida de los diferentes turnos, a hacer firmar el papel que dejaba constituida la organización sindical.

Se dice que todavía está su sombra, sobre la máquina, cuando tomó la decisión de dañar su propio cuerpo, para que el cuerpo colectivo, pudiera avanzar. Así se hizo respetado entre sus pares. Casi una leyenda.

Para entonces Rigoberto vivía con Livia, su compañera de toda la vida, una profesora que fue parte de la elaboración de un nuevo tipo de escuela, a nivel nacional, única, gratuita y con principios acordes a los intereses de las grandes mayorías. Pronto tendrían a su hija Lumi, quien sería brutalmente asesinada por la dictadura, y a su hijo Rigo, portando su nombre.

También tenía la virtud de ser un padre presente, aunque por supuesto no carecía de errores. Sus principales defectos tenían que ver con consideraciones políticas, no era muy bueno para elegir partido. Oscilaba, en términos políticos, y dejaba que lo engañaran, muchas veces, los nefastos falsos amigos. Pero es parte de un aprendizaje necesario.

Durante muchos años vivieron en una casita de ladrillos, con un jardín muy cuidado, cuyo pasto cortaba constantemente al ras. Les gustaban las flores, así que las tenían de todo tipo, y se daban el tiempo necesario para podarlas y mantenerlas siempre alejadas de los caracoles, orugas y demás bichos.

Los años fueron pasando y esa leyenda no disminuía. Llegaron los años `70 y Sumar, junto a decenas de otras empresas, fueron puestas a

producir bajo los Comités de Fábrica, Comités de Vigilancia, de Distribución, de Producción, bajo el control de sus trabajadores y trabajadoras.

Parecía que aquella lata oxidada, había llegado a tiempo a uno de los procesos sociales más importantes de la época: la gestación de los cordones industriales en Chile.

Un día siete de septiembre, se realizaba un campeonato de Brisca en la fábrica. Uno de los deportes oficiales de la clase obrera. Para los represores, se trataba de un evento camuflado, y entraron con bayonetas a recorrer los pasillos, volteando cartas y pateando mesas. Algo grande se veía venir. No hay quien diga lo contrario.

Rigoberto no había pasado los últimos veinte años con una mano cortada, para nada. Estaba dispuesto a defender las conquistas, hasta el final. Hizo la pregunta correcta, al tipo correcto, que

consiguió abastecimiento. No de alimentos. No de ropa. No de agua. Sino de 20 ametralladoras y unas cuantas armas cortas. Nadie era muy fanático del disparo, se podría decir, que solo una situación extrema, podía empujarlos hasta allí, a los pies de la torre.

Pasó el día 8. El día 9. Pasó el día 10. Y cuando el calendario vomitó su día 11, sucedió lo previsto. En el terrible sentido de las pesadillas. De aquellas advertencias, sobre las cuales el que tiene que hacer algo, no hace nada, y el que quiere hacer algo, es arrojado a las cenizas de la imposibilidad histórica.

Cada quien estaba en su puesto de trabajo. Un extraño silencio invadió el galón inmenso extendido en su propia cuadra, solo las máquinas se escucharon, y luego un ruido. Un sonido nuevo. Que se aproximaba. Como un avión, o el sonido

estruendoso de las hélices de un helicóptero. Fue haciéndose cada vez más fuerte. El bigote de Rigoberto, pareció salirse por un instante de su sitio. Su expresión, topacea, se ciñó de angustia y determinación. La mayoría corrió hacia la torre, y una minoría huyó, como sucede siempre, en cualquier tormenta. Huir, también es un derecho. Decidieron quedarse 1.000. ¡Enorme cantidad si se compara con los 300 de Esparta! Con espíritu y disposición para el combate.

Quien se quedó, fue directo a buscar las provisiones, no de alimento, no de ropa, no de agua. Esas armas cargadas, que disparaban fuego, en una sucesión balística acotada, toda parecida a una guerra, nada parecida a la gente de trabajo. La angustia se apoderó del cuerpo, pero también la determinación.

Subieron corriendo las paredes de la torre, usando como suelo las escaleras. Llegaron a la cima y salieron, hacia la superficie del sol, para ver el origen del ruido. Y allí estaba, un helicóptero militar, a unos aproximados 150 metros de altura, repleto, que apuntaba directo hacia sus cascos amarillos. Se oyó un primer disparo y fue suficiente como voz de alarma. Cada quien agarró la metralla como pudo, nadie era muy experto. Y empezó a disparar.

Dispararon, hasta quedarse sin aire. Justo a tiempo para ver, cómo el helicóptero se inundaba de humo y empezaba a hacer movimientos extraños. Los tiros de sus ocupantes no podían llegar y el piloto fue herido en el pie derecho. Tuvieron que aterrizar de emergencia, en algún otro lugar.

El triunfo del caso amarillo fue tan grande, que la torre pareció temblar por los saltos de alegría. Desde abajo se escucharon los estruendos, cuando empezaron a bajar, para contarle a todo mundo la hazaña, hasta llegar a la población La Legua, donde continuaron los enfrentamientos. El golpe, arrebató las conquistas, pero nada, ni nadie, ha de hacernos olvidar, que hubo un día, en el que la clase obrera de Sumar, derribó un helicóptero militar.



MANUFACTURAS SUMAR

www.danahartescritora.com